

México 1967

Juan Pablo Izquierdo

por Jorge Lillo

PARA mí la Música es el arte de las artes. Es el acto mágico más grande que haya podido nunca crear el ser humano. Amo la Música más que el Teatro y con eso lo digo todo. Soy, en verdad, un músico frustrado. Pero esta frustración —como suele ocurrir— no me ha llevado a convertirme en crítico. Y gracias a que no soy crítico, puedo gustar de la música libre y dionisiacamente. Y profesar a los autores y a los ejecutantes una profunda, respetuosa y sana envidia... A los buenos compositores y a los buenos intérpretes, se entiende.

Recién he tenido la suerte de asistir a dos conciertos de la Orquesta Sinfónica dirigidos por uno de esos grandes intérpretes. Y pude comprobar —con gozo— que nuestra primera orquesta es una **gran orquesta** cuando delante de ella se para una autoridad sensible y vital; un maestro. Antes, a la pobre Sinfónica la había oído convertida en una murga bajo la batuta de un "director" que, por melancolía, no nombraré...

"Mano de hierro en guante de seda", pensé viendo a ese joven, de sólo treinta y dos años, envolver el ámbito del Teatro Astor, en una atmósfera prístina, sutil, delicada y maravillosa con Gluck, Mozart, Bach. Y hacer estremecerse desde sus cimientos, a la sala y a la gente con el desborde de Franck y la **turbulencia inestable** interior de Mahler. Es prodigiosa la manera cómo pasa de la desesperación trágica al lirismo; del lirismo a la paz y a los silencios. Todo, siempre, en cada instante, con una fuerza interior inquebrantable.

Hacia años que no salía tan impactado, con el corazón al galope, como sali aquella noche después de haberle escuchado la Sinfonía N° 1 de Mahler. En la calle, todavía estaba habitado de sonido... Ese joven rubio, delgado, de figura casi débil, con una vitalidad insospechada había logrado el milagro de remecer un teatro y conmovir a un público hasta el grito. Y ahítarlo de ternura, fineza, energía, éxtasis y explosión emocional; de una manera realmente impresionante.

Es un espectáculo verlo dirigir. Verlo entregarse por entero, sin concesiones, sin fatiga —como artista que es— a su acto creador. Y eso es digno del más alto respeto y del más grande aplauso.

Como no soy crítico, he hilvanado estas líneas espontáneamente, más allá del estilo, para alabar sin pudores ni reservas de ninguna especie (no soy amigo de él) la increíble calidad de este joven **DIRECTOR**.

Viéndolo conducir no he podido dejar de preguntarme: ¿a qué nivel irá a llegar, sin duda, cuando tenga cincuenta años?

Por ahora, lo único que le deseo, de todo corazón, es que se vaya de Chile, país donde sólo cabe traficantes... Que no se quede aquí porque corre el riesgo de que lo "institucionalicen". O que le den un puesto... Lo sosieguen... Y entonces, habremos perdido a un creador. Que se vaya, pero que de vez en cuando vuelva a maravillarnos con su arte y a demostrarnos de lo que es capaz un artista un chileno en verdadera libertad.